

LA CALIDAD DE LA OBRA DEL ARQUITECTO ZUAZO

Hace años se publicó en Madrid un libro dentro de una colección titulada la "Arquitectura Contemporánea". Se titula el "Arquitecto Zuazo Ugalde".

La obra contiene un prólogo suscrito por Juan de la Encina y una serie de ilustraciones correspondientes a distintas obras de don Secundino, de aquella época:

El hotel de don Gregorio Martínez Sierra en el Parque Metropolitano de Madrid, desaparecido hace unos años.

El Palacio de la Música.

Las Estaciones del F.C. Central de Aragón.

La Casa del Fénix en la Plaza de la Independencia de Madrid.

La Casa de las Flores y, por último, unos proyectos de Bloques de Viviendas para Madrid y Barcelona que, desgraciadamente, no se realizaron.

El prologuista en el estimable juicio crítico que precede a la parte gráfica del libro señala cómo fue Zuazo uno de los primeros arquitectos españoles que se había dado cuenta de la importancia del movimiento de renovación arquitectónica producido en la Europa Central años antes de la Gran Guerra y que continuaba, por aquellas épocas, bajo distintas variantes.

Zuazo, importador de nuevos conceptos, no dejaba de ser, como insistía el crítico, tradicionalista a su modo, pero adaptando, con gusto y buen sentido, las formas tradicionales a las necesidades modernas.

Ya en aquella publicación se resaltaban las dos obras quizás más significativas de Zuazo, el Palacio de la Música y la Casa de las Flores.

En el Palacio de la Música y, a pesar de su malogrado entorno, la discreta frialdad de la fachada da paso al barroco depurado del interior, sala tantas veces imitada y nunca superada por aquellas que intentaron seguir su línea. El arquitecto fue aquí orfebre y colorista y la pieza de arquitectura única en su época y en su estilo.

La Casa de las Flores se concibe, por el contrario, dentro de la más estricta sobriedad, el arquitecto resuelve, con mano maestra, el problema de la ordenación de una manzana cerrada, que deja de serlo al vitalizar el patio central y abrirlo a dos testeros. Aún desfigurada después, por algunos usos accesorios no previstos, sigue conservando, al paso de los años, el interés de una realización que, como tantas veces se ha comentado, no tuvo, sorprendentemente, seguidores, cuando tantas posibilidades se contenían en un camino a seguir y que Zuazo abría en España,

ciertamente inspirado en soluciones centro-europeas, pero con el sello de la gran personalidad del autor.

La obra de don Secundino fue copiosa y relevante, siempre al tanto del pulso del momento arquitectónico sin altibajos ni piruetas con la firmeza del profesional completo que, en el transcurso de su vida, creaba desde el gran conjunto de los Nuevos Ministerios hasta la pequeña obra, como esas estaciones de F.C. Central de Aragón, que basta comparar con sus contemporáneas para ver hasta qué grado de cuidado y esmero había en el estudio de unos pequeños edificios situados en los llanos desérticos de Aragón, que muy pocos iban a ver pero a los que Zuazo atendió como si fueran piezas importantes de su obra arquitectónica.

Zuazo ha sido figura indiscutible de una época de nuestra arquitectura, por lo que hizo y por lo que proyectó y no se realizó. Alcanzó el lugar reservado a los grandes maestros que crearon, a través de sus obras, no sólo el propio prestigio sino que, además, dieron sentido social a la profesión de arquitecto tal como se concebía en la primera mitad de siglo y, aún posteriormente, Zuazo fue también urbanista y de su colaboración con Janssen quedaron, para la historia del urbanismo madrileño, sus aportaciones al concurso Internacional de 1930 y los estudios que se sucedieron en épocas posteriores. Asimismo fue Zuazo impulsor de otras actividades que, tanto como las anteriores, mostraban las posibilidades fecundas de las colaboraciones con otros técnicos en tiempos en que nada de ello era frecuente.

Del estudio de Zuazo salieron imbuídos de una singular y personal forma de hacer, arquitectos, ayudantes y delineantes que, durante muchos años en Madrid, daban el tono del mejor hacer en su trabajo y siempre tuvieron un especial sello de calidad.

Es difícil, en arquitectos de copiosa producción, buscar un invariante en sus obras, sobre todo en épocas en donde el cambio de las corrientes de ideas se han sucedido con ritmo de vértigo. Si desde el concurso del Círculo de Bellas Artes, al Palacio de la Música a la Casa de las Flores y a los Nuevos Ministerios evidentemente hay cambios de rumbo, no son radicales ni desconcertantes porque, en el fondo, la permanente constante de la obra de Zuazo fue su estupenda calidad, fue reflejo de la gran personalidad de su autor.

Emilio LARRODERA
Director General de Arquitectura